

consideraba esta institución primitiva tan sagrada como la oración, y no creía que pudieran alegarse razones en favor de la una que no correspondiesen también á la otra.

Desde el púlpito de la Caaba volvió á exclamar: «¡Oh oyentes míos, yo no soy sino un hombre como vosotros!» Y éstos recordaron que una vez había dicho á un hombre que se le aproximaba con timidez: «¿Qué temes? No soy rey; no soy sino el hijo de una mujer árabe que comía carne curada al sol.»

Volvió á Medina, donde murió. Al despedirse de su congregación, dijo: «Todo se cumple por la voluntad de Dios y en el tiempo que él ha señalado, sin que sea dado al hombre atrasar ni adelantar los sucesos; vuelvo á quien me ha enviado, y lo último que os mando es que os améis y os favorezcáis unos á otros, que os exhortéis unos á otros en la fe y constancia de vuestras creencias y en la piedad. Mi vida ha sido para vuestro bien y lo mismo será mi muerte.»

En su agonía, apoyó su cabeza sobre las rodillas de Aiscia; mojaba de cuando en cuando su mano en un vaso de agua y se humedecía la cara; al fin espiró, y mirando fijamente hacia arriba, dijo con acento entrecortado: «¡Oh Dios, perdona mis pecados, amén: á tí voy!»

¿Podemos hablar irrespetuosamente de este hombre? Sus preceptos son hoy mismo la guía religiosa de la tercera parte de la raza humana.

Mahoma, que se había apartado del antiguo culto idólatra de su país, desterró también los dogmas que le habían imbuído sus preceptores nestorianos, incompatibles con la razón y la conciencia. Y si bien en las primeras páginas del Corán declara que cree en lo que fué revelado á Moisés y á Jesús, y guarda á éstos gran consideración, su veneración por el Todopoderoso se manifiesta perpétuamente. Le horroriza la doctrina de la divinidad de Jesús, la del culto de María como madre de Dios, la de la adoración de imágenes y pinturas, que considera como baja idolatría. Rechaza en absoluto la Trinidad, que á su juicio no es posible comprender sino como tres distintos dioses.

Su idea primera y dominante fué simplemente reformar la religión, destruir la idolatría árabe y poner un límite al salvaje sectarismo de la cristiandad. Que se propuso crear una nueva religión, fué una calumnia que le levantaron en Constantinopla, donde se le miraba con un odio semejante al que se tuvo más tarde en Roma contra Lutero.

Pero aunque rechazaba con indignación cualquiera cosa que tendiese á alterar la doctrina de la unidad de Dios, no pudo libertarse de concepciones antropomórficas. El Dios del Corán es casi humano, corporal y espiritualmente, si estas expresiones pueden usarse con propiedad. Muy pronto, sin embargo, los secuaces de Mahoma se apartaron de estas bajas ideas y se elevaron á otras más nobles.

La opinión que hemos presentado del carácter primitivo del mahometismo ha sido adoptada hace tiempo por autoridades competentes. El Sr. Guillermo Jones, conforme con Locke, considera que el punto principal de divergencia entre el mahometismo y el cristianismo consiste «en negar vehementemente el carácter de nuestro Salvador como Hijo y su igualdad como Dios con el Padre, de cuya unidad y atributos tienen los mahometanos las más imponentes ideas». Esta opinión ha sido ampliamente sostenida en Italia. El Dante consideraba á Mahoma sólo como el autor de un cisma, y veía en el islamismo una simple secta arriana. En Inglaterra, Whately lo considera como una corrupción del cristianismo. Creció como una rama del nestorianismo, y sólo después de derribar á la cristiandad griega en varias batallas y de empezar á extenderse rápidamente en Asia y Africa, fué cuando, embriagado con su carrera maravillosa, abandonó sus limitados intentos primitivos y se estableció como una revelación separada y distinta.

Mahoma consagró toda su vida á la conversión ó conquista de su propio país. Hacia el fin de ella, sin embargo, se encontró bastante fuerte para intentar la invasión de la Siria y de la Persia. No había tomado disposiciones para perpetuar su propio imperio, y de aquí que ocurriesen luchas cuando llegó el momento de nom-

brarle sucesor. Al cabo Abu Bekr, padre de Aiscia, fué elegido y proclamado primer califa ó sucesor del Profeta.

Hay una diferencia muy importante entre el desarrollo del mahometismo y el del cristianismo; el último nunca fué bastante fuerte para extirpar la idolatría en el imperio romano, y sólo progresaba por su unión y amalgama con ésta, cuyas antiguas formas fueron vivificadas por el nuevo espíritu de aquél: la paganización á que nos hemos referido fué su resultado.

Pero en la Arabia, Mahoma extirpó y aniquiló en absoluto la antigua idolatría, y ni resto de ella se encuentra en las doctrinas predicadas por él y sus sucesores. La piedra negra que había caído del cielo, el meteorito de la Caaba y los ídolos que lo rodeaban desaparecieron por completo de la vista. El dogma esencial de la nueva fe: «No hay más que un Dios», se extendió sin adulterarse. El éxito militar, en sentido mundano, había aprovechado á la religión del Corán, y en estos casos nada importan los dogmas, pues siempre hay millares de conversos.

En cuanto á las doctrinas populares del mahometismo, nada tendré que decir; el lector á quien pueda interesar el asunto, hallará una relación de ellas en el examen del Corán que presento en el capítulo xi de mi *Historia del desarrollo intelectual de Europa*. Basta ahora hacer notar que su cielo estaba formado de siete pisos y era sólo un palacio oriental de delicias carnales, poblado de esclavas y concubinas de negros ojos; la forma de Dios era tal vez más grandiosa que la paganizada de los cristianos; pero no puede borrarse el antropomorfismo de las ideas de los ignorantes. Su concepto superior de Dios, nunca será más que la sombra gigantesca de un hombre, un vasto fantasma de humanidad, análogo á uno de esos espectros alpinos que en medio de las nubes suelen verse por los que vuelven sus espaldas al sol.

Apenas había Abu Bekr tomado posesión del califato, cuando publicó la proclama siguiente:

«¡En nombre de Dios misericordioso! Abu Bekr á los verdaderos creyentes, salud y felicidad: sean sobre vosotros las gracias y bendiciones de Dios. Sea alabado el Altísimo. Lo invoco por su profeta Mahoma.

»Esta es para informaros de que intento enviar á Siria á los verdaderos creyentes para arrancarla de mano de los infieles, y quiero hacerlos saber que combatir por la religión es un acto de obediencia á Dios.»

En el primer encuentro Khaled, general sarraceno, viéndose acosado por el enemigo, alzó las manos al cielo en medio del ejército, exclamando: «¡Oh Dios! esta vil canalla ora como los idólatras y tienen otro Dios además de tí; pero nosotros reconocemos la unidad y afirmamos que no hay más Dios que tú. Ayúdanos contra estos idólatras: te lo suplicamos por tu profeta Mahoma.» Por parte de los sarracenos se llevó á cabo la conquista de la Siria con piedad feroz. La creencia de los cristianos sirios producía en sus enemigos sentimientos de horror é indignación. «Hendiré el cráneo á cualquier idólatra blasfemo que diga que el Santísimo, el Eterno, el Dios Todopoderoso ha engendrado un hijo.» El califa Omar, que tomó á Jerusalem, empezaba así una carta dirigida al emperador romano Heraclio: «¡En el nombre de Dios misericordioso! Alabanza á Dios, Señor de este mundo y del otro, que jamás tuvo ni esposa ni hijo.» Los sarracenos se burlaban de los cristianos llamándoles «asociadores» porque hacían á María y á Jesús socios del Dios Santísimo y Todopoderoso.

No era el intento del califa mandar su ejército; este cargo, que en realidad ejerció Khaled, fué entregado nominalmente á Abu-Obeidah. En una revista de marcha, recomendó el califa á las tropas la justicia, la caridad y la fidelidad á sus compromisos; les mandó abstenerse de conversaciones frívolas y del vino, y observar rigurosamente las horas de oración; ser bondadosos para con los pueblos por donde pasasen, pero tratar sin piedad á sus sacerdotes.

Al Este del Jordán está Bozráh, plaza fuerte, donde había recibido Mahoma su primera instrucción de los cristianos nestorianos; era una de las fortalezas romanas de que estaba cubierto el país, y ante ella acampó el ejército sarraceno. La guarnición era fuerte y los baluartes estaban cuajados de cruces y banderas sagradas; hubiera podido hacer una prolongada resistencia si su gobernador

Romano, faltando á sus juramentos, no hubiese abierto secretamente las puertas á los sitiadores. Su conducta muestra á qué deplorable condición había descendido la población de la Siria. En una arenga que después de la rendición dirigió al pueblo que traídoramente había vendido, dijo: «Renuncio á vuestra compañía en este mundo y en el venidero. Niego á aquel que fué crucificado y á quien quiera que lo adore, y escojo á Dios por Señor y al islamismo por fe, á la Meca por templo, á los musulmanes por hermanos y á Mahoma por profeta, que nos fué enviado para traernos al buen camino y exaltar la verdadera religión á despecho de aquellos que dan compañeros á Dios.» Desde la invasión persa, el Asia Menor, la Siria y aun la Palestina estaban llenas de traidores y apóstatas dispuestos á unirse á los sarracenos. Romano era tan solo uno de los muchos que habían perdido sus creencias á causa de las victorias de los persas.

Setenta millas al Norte de Bozrah se encuentra Damasco, capital de la Siria, y allí se dirigió sin dilación el ejército sarraceno. Se intimó inmediatamente á la ciudad que eligiese entre la conversión y el tributo, ó el cuchillo. El emperador Heraclio se hallaba en su palacio de Antioquia ciento cincuenta millas más al Norte, cuando recibió las alarmantes noticias del progreso de los invasores; dispuso al momento un ejército de setenta mil hombres, y los sarracenos se vieron obligados á levantar el sitio; una batalla tuvo lugar en las llanuras de Aiznadin, y el ejército romano fué batido y dispersado. Khaled apareció de nuevo ante Damasco, con su estandarte del Aguila Negra, y después de un nuevo asedio de setenta días se rindió la plaza.

Según los historiadores árabes que hablan de estos sucesos, podemos colegir que los ejércitos sarracenos eran poco más que una turba de fanáticos, y que muchos de sus soldados combatían desnudos; era muy común que un guerrero se adelantase al frente de las tropas y retase á otro enemigo á duelo mortal; más aún, hasta las mujeres tomaban parte en los combates. Narraciones pintorescas han llegado hasta nosotros, describiendo el valor con que se conducían.

Avanzó el ejército sarraceno desde Damasco hacia el Norte, guiado por los nevados picos del Líbano y el hermoso río Oronté, apoderándose al paso de Baalbec, capital del Valle de la Siria, y de Emesa, la principal ciudad de la llanura oriental. Para resistir sus progresos, reunió Heraclio un ejército de ciento cuarenta mil hombres. Libróse la batalla en Yermuck; el ala derecha de los sarracenos fué rota; pero exhortados los soldados por sus fanáticas mujeres volvieron á la lucha, terminando la contienda con la completa derrota del ejército romano. Hubo cuarenta mil prisioneros y un gran número de muertos; todo el país quedó entonces abierto á los vencedores, pero como habían avanzado por el Este del Jordán, les fué forzoso asegurar las importantes ciudades de Palestina que estaban á su retaguardia, antes de intentar nada contra el Asia Menor. Hubo distintas opiniones entre los generales sobre si debía atacarse primero á Cesarea ó á Jerusalem; el asunto fué sometido al califa, que prefirió acertadamente la ventaja moral de la toma de Jerusalem á la militar de la de Cesarea, y ordenó que se entrara á toda costa en la Ciudad Santa. Se estableció por lo tanto un estrecho asedio; los habitantes, recordando las atrocidades cometidas por los persas y las indignidades hechas al sepulcro del Salvador, se prepararon para una defensa vigorosa. Pero después de un ataque de cuatro meses, apareció el patriarca Sofronio sobre las murallas solicitando parlamento. Debido á una mala inteligencia entre los generales cuando la toma de Damasco, habían sido asesinados los habitantes fugitivos, por lo cual Sofronio exigió que la entrega de Jerusalem se verificase en presencia del mismo califa; vino éste, pues, de Medina con tal objeto. Hizo el viaje en un camello rojo, llevando un saco de trigo y otro de dátiles, un plato de madera y un odre de agua; el conquistador árabe entró en la Ciudad Santa cabalgando al lado del patriarca cristiano, y la transferencia de la capital de la cristiandad al representante del mahometismo, se efectuó sin ultrajes ni tumulto. Después de haber ordenado que se edificase una mezquita en el sitio del templo de Salomón, volvióse el califa á Medina junto á la tumba del profeta.

Conoció claramente Heraclio que los desastres que con tanta rapidez abrumaban á la cristiandad eran debidos á las dimensiones de sus mismas sectas; así que al mismo tiempo que pugnaba por defender el imperio con las armas, trataba con gran interés de dirimir las diferencias de los sectarios. Con tal objeto intentó hacer aceptar la doctrina monotelita de la naturaleza de Cristo, pero era demasiado tarde; Alepo y Antioquía se habían entregado ya y nada podía impedir la irrupción de los sarracenos en el Asia Menor; el mismo Heraclio tuvo que buscar su salvación en la fuga. La Siria, que había sido agregada á las provincias del imperio romano por Pompeyo, el rival de César, setecientos años antes: la Siria, cuna de la cristiandad, escena de sus más caros y preciosos recuerdos y de donde el mismo Heraclio había en un tiempo rechazado á los intrusos persas, estaba irremisiblemente perdida; los apóstatas y los traidores habían consumado este desastre. Se cuenta que al alejarse de la costa para dirigirse á Constantinopla, exclamó amargamente Heraclio divisando las lejanas montañas: «¡Adiós, Siria, para siempre adiós!»

Es inútil presentar más detalles sobre la conquista de los sarracenos; cómo fueron vendidas Trípoli y Tiro y tomada Cesarea; cómo con los cedros del Líbano y los marineros de Fenicia armaron los sarracenos una flota que obligó á la escuadra romana á refugiarse en el Helesponto; cómo Chipre, las Cícladas y Rodas fueron taladas, y cómo el Coloso, una de las maravillas del mundo, fué vendido á un judío que cargó novecientos camellos con el bronce que contenía; cómo los ejércitos del califa avanzaron hacia el mar Negro y acamparon á la vista de Constantinopla. Nada de esto era comparable á la caída de Jerusalem.

¡La caída de Jerusalem! ¡la pérdida de la metrópoli de la cristiandad! Según las ideas de aquel tiempo, las dos formas de fe antagonistas se habían sometido á las ordalias del juicio de Dios; la Victoria adjudicó el premio de la batalla, Jerusalem, á los mahometanos; y á pesar del éxito transitorio de los cruzados, en su poder permanece desde hace más de mil años. Son dignos de

excusa los historiadores bizantinos por el curso que se ven obligados á tomar: «cuando tratan de esta materia, dejan de hablar por completo del gran asunto de la ruina de la Iglesia de Oriente;» y en cuanto á la Iglesia de Occidente, hasta los envilecidos papas de la Edad Media, de la edad de las Cruzadas, no podían considerar sin indignación el verse obligados á fundar las pretensiones que tenía Roma á ser la metrópoli del cristianismo en la falsa y legendaria historia de la visita de San Pedro á esta ciudad, mientras que la verdadera metrópoli, el lugar grandioso y sagrado del nacimiento, vida y muerte de Cristo, se hallaba en manos de los infieles! No han sido tan sólo los historiadores bizantinos los que han tratado de ocultar esta gran catástrofe; los escritores cristianos de Europa han seguido un sistema semejante cuando han tenido que hablar contra conquistadores de distinta creencia, ora fuese sobre asuntos históricos, ora religiosos, ora científicos; ha sido su práctica constante ocultar lo que no han podido despremiar, ó despremiar lo que no han podido ocultar.

No tengo lugar (ni tampoco se acomoda ciertamente con el intento de esta obra) para relatar con tantos detalles como he dado de la toma de Jerusalem otras conquistas de los sarracenos, que tales y tan importantes fueron, que llegaron á formar un imperio mucho mayor en extensión geográfica que el de Alejandro y aun que el de Roma. Pero, deteniéndonos brevemente en este asunto, podemos decir que el magismo recibió un golpe más terrible aún que el que había sido causado al cristianismo; decidiose la suerte de Persia en la batalla de Cadesia, y en el saqueo de Ctesifonte, el tesoro, las armas reales é infinitos despojos cayeron en poder de los árabes; no sin razón llamaron á la batalla de Nehavend «la victoria de las victorias». Se dirigieron por una parte hacia el Caspio y por otra hacia Persépolis, á lo largo del Tigris. El rey de Persia, con intento de salvar la vida, huyó al gran Desierto salado, abandonando las estatuas y columnas de aquella ciudad, que desde la noche del tumultuoso banquete de Alejandro empezó á caer en ruinas. Una división del ejército árabe obligó al monarca persa

á cruzar el Oxo, siendo asesinado por los turcos; su hijo, perseguido hasta la China, se hizo capitán de los guardias del emperador celeste. El territorio que se extiende más allá del Oxo fué sometido, pagando un tributo de dos millones de monedas de oro, y mientras el emperador en Pekin solicitaba la amistad del califa de Medina, el estandarte del Profeta ondeaba en las márgenes del Indo.

Entre los generales que más se habían distinguido en las campañas sirias se contaba Amrú, llamado á ser el conquistador del Egipto, pues no contentos los califas con sus victorias en el Norte y el Este, volvían los ojos al Occidente y se preparaban para anexionarse el Africa. Como en las ocasiones anteriores, ayudóles la traición de los sectarios. El Ejército sarraceno fué acogido como el libertador de la Iglesia Jacobita; los cristianos monofisitas de Egipto, esto es, aquellos que, en el lenguaje del credo de Atanasio, confundían la sustancia del Hijo, proclamaron por boca de su jefe, Mokaukas, que no querían comunión con los griegos ni en este mundo ni en el otro; que abjuraban para siempre del tirano de Bizancio y de su sínodo de Calcedonia. Apresuráronse á pagar tributo al califa, á componer los caminos y los puentes, á suministrar provisiones y á facilitar confidencias al ejército invasor.

Memfis, una de las antiguas capitales de los Faraones, se rindió pronto, y luego fué atacada Alejandría; el mar, abierto ante esa, permitió á Heraclio reforzar su guarnición continuamente. Por su parte Omar, que era entonces califa, envió en socorro del ejército sitiador á las tropas veteranas de Siria; hubo muchos asaltos y salidas, y en uno de ellos el mismo Amrú fué hecho prisionero por los sitiados, y pudo escapar gracias al ingenio y sangre fría de un esclavo. Después de un sitio de cuatro meses y una pérdida de veintitres mil hombres, apoderáronse los sarracenos de la ciudad; en el despacho que remitió Amrú al califa, enumeraba los esplendores de esta gran capital del Oeste: «sus cuatro mil palacios, sus cuatro mil baños, sus cuatrocientos teatros, sus doce mil tiendas de comestibles y sus cuarenta mil judíos que pagaban tributo.»

Así cayó la segunda gran ciudad de la cristiandad, y cupo á Alejandría la suerte de Jerusalem, la ciudad de Atanasio y de Arrio y de Cirilo; la ciudad que había impuesto sus ideas trinitarias y el culto de María á la Iglesia. Heraclio recibió la fatal nueva en su palacio de Constantinopla, y su pena no tuvo límites; parecía que su reino estaba deshonrado por la caída de la cristiandad, y murió al mes escaso de la pérdida de Alejandría.

Pero si esta ciudad era importante para Constantinopla y le había suministrado su fe ortodoxa, también le era indispensable para el alimento cotidiano. Egipto era el granero de los bizantinos, y por esta razón intentaron por dos veces, con flotas y ejércitos poderosos, recuperar la plaza, y dos veces tuvo Amrú que renovar la conquista. Vió con cuánta facilidad podían verificarse estos ataques estando la plaza descubierta por el lado del mar, y que tan sólo había un medio, y fatal por cierto, para evitarlo. «Por Dios vivo, si esto se repite tercera vez, juro hacer á Alejandría accesible por todos lados como la casa de una meretriz»; lo que puso en práctica desmantelando las fortificaciones y haciéndola plaza insostenible.

No era el intento de los califas limitar al Egipto la conquista, y Otman se deleitaba con la idea de anexionarse toda el África septentrional; su general Abdallah salió de Memfis con cuarenta mil hombres, atravesó el desierto de Barca y sitió á Trípoli; pero habiéndose declarado la peste en su ejército, se vió obligado á retroceder á Egipto.

Ningún otro ataque se intentó en un período de más de veinte años; encaminóse entonces Acbah del Nilo al Atlántico, y frente á las Canarias, haciendo entrar en el mar su caballo, exclamó: «¡Gran Dios! si mi marcha no fuera detenida por este mar, seguiría hasta los desconocidos reinos del Oeste, predicando la unidad de tu santo nombre y acuchillando las naciones rebeldes que adoran otros dioses que tú.»

Esta expedición sarracena se había llevado á cabo por el interior del país, pues los emperadores bizantinos, que eran dueños del mar, conservaban la posesión de las ciudades de la costa. El califa Abdalmalec resolvió al fin

apoderarse de Cartago, que era la más importante de ellas, y desde luego la capital del Norte del África. Su general Hasan la tomó por asalto; pero nuevos refuerzos de Constantinopla, ayudados por algunas tropas godas y sicilianas, le obligaron á retirarse; poco tiempo, sin embargo, gozó de libertad la plaza, pues Hasan renovó su ataque con buen éxito algunos meses después, y entregó la ciudad á las llamas:

Jerusalem, Alejandría, Cartago, tres de las cinco grandes capitales de la cristiandad, se habían perdido. La caída de Constantinopla era sólo cuestión de tiempo, y después de ésta tan sólo quedaba Roma.

En el desarrollo de la cristiandad había desempeñado Cartago un papel importante; había dado á Europa la forma latina de su fe y algunos de sus más grandes teólogos; fué también la cuna de San Agustín.

Jamás en la historia del mundo se ha propagado ninguna religión más rápida y extensamente que el mahometismo; dominaba entonces desde las montañas de Altai al Oceano Atlántico, desde el centro del Asia al Occidente del Africa.

Autorizó luego el califa Al-Gualid la invasión de Europa, la conquista de Andalucía ó «región de la tarde». Muza, su general, halló, como en otras partes, dos aliados eficaces en los sectarios y los traidores; conducida por el arzobispo de Toledo y el conde D. Julián, general godo, una gran parte del ejército, se pasó á los invasores en los momentos críticos de la batalla de Jerez; vióse el rey de España obligado á huir del campo, ahogándose en el Guadalete al buscar su salvación en la fuga.

Con gran rapidez encaminóse Tarik, lugarteniente de Muza, desde el campo de batalla hacia Toledo, y de allí al Norte. A la llegada de este último era completa la sumisión de la península Ibérica, y los restos del ejército godo habían sido arrojados más allá de los Pirineos; considerando que la conquista de España era tan sólo el primer paso de sus victorias, anunció su intento de forzar su marcha hacia Italia y de predicar la unidad de Dios en el Vaticano, de aquí marchar á Constantinopla, y después de destruir el imperio romano y la cristian-

dad, pasar á Damasco y depositar su alfanje victorioso sobre las gradas del trono del califa.

Pero otro había de ser el curso de los sucesos. Envidioso Muza de su lugarteniente Tarik, observó con él una conducta indigna; hallaron medios de rehabilitarlo los amigos que tenía éste en la corte del califa, y un enviado de Damasco arrestó á Muza en su campamento; fué conducido ante su soberano, quien le hizo azotar públicamente y murió de resultas abrumado por la pena.

Intentaron, sin embargo, sin embargo, bajo otros jefes, la conquista de Francia; en una campaña preliminar se apoderaron del país que se extiende de la boca del Garona á la del Loira. Entonces su general Abderrahman, dividiendo sus fuerzas en dos columnas, pasó con la del Este el Ródano y puso sitio á Arles. Un ejército cristiano que intentó libertar la plaza, fué derrotado con grandes pérdidas. La columna del Oeste, igualmente afortunada, pasó el Dordoña, desbarató otro ejército cristiano y le causó pérdidas tan considerables que, según los fugitivos «solo Dios podría contar los muertos». Toda la Francia central estaba dominada y llegaron los invasores á las márgenes del Loira; las iglesias y monasterios fueron saqueados y despojados de sus tesoros; vióse que los santos patronos, que tantos milagros habían ejecutado cuando no eran necesarios, carecían de poder suficiente para obrar uno siquiera en tan extrema ocasión.

Carlos Martel detuvo al fin los progresos de los invasores el año 732. Entre Tours y Poitiers se libró una gran batalla que duró siete días. Abderrahman fué muerto y los sarracenos retrocedieron, viéndose poco después obligados á volver á cruzar los Pirineos.

Las orillas del Loira, por lo tanto, marcan el límite de la irrupción mahometana en el Oeste de Europa. Gibbon, al referir tan gran acontecimiento, hace esta observación: «Una línea de marcha victoriosa se extendía como mil millas, desde el peñón de Gibraltar á las márgenes del Loira; ¡la repetición de esta empresa habría llevado á los sarracenos á los confines de Polonia y á las montañas de Escocia!»

No tengo necesidad de añadir á este bosquejo de la

propagación militar del mahometismo las operaciones de los sarracenos en el Mediterráneo, sus conquistas de Creta y de Sicilia y su insulto á Roma. Veremos, sin embargo, más adelante, que su presencia en Sicilia y en el Sur de Italia ejerció una marcada influencia en el desarrollo intelectual de Europa.

¡Su insulto á Roma! ¿Hubiera podido haber algo más humillante que la manera de ejecutarlo? (año 846). Una insignificante expedición sarracena entró en el valle del Tíber y apareció ante los muros de la ciudad; demasiado débil para forzar la entrada, insultó y saqueó los alrededores, profanando sacrilegamente las tumbas de San Pedro y de San Pablo; si la misma ciudad hubiera sido saqueada no habría sido mayor el efecto moral; de la iglesia de San Pedro fué arrancado el altar de plata y enviado á África: ¡el altar de San Pedro, el verdadero emblema de la cristiandad romana!

Constantinopla había sido ya sitiada por los sarracenos más de una vez; su caída predestinada estaba aplazada tan sólo. Roma había recibido el insulto directo, la mayor pérdida que se le podía causar; las venerables iglesias del Asia Menor habían desaparecido y ningún cristiano podía sin permiso sentar su planta en Jerusalem; la mezquita de Omar se elevaba en el lugar del templo de Salomón. Entre las ruinas de Alejandría, marcaba la mezquita de la Misericordia el sitio en que el general sarraceno, harto de sangre, había, con desdeñosa piedad, perdonado á los fugitivos restos de los enemigos de Mahoma; nada quedaba de Cartago sino sus ennegrecidas ruinas. El más poderoso imperio religioso que jamás se vió en el mundo apareció súbitamente. Abrazaba desde el Océano Atlántico hasta las murallas de la China, desde las costas del Caspio á las del Océano Índico, y sin embargo, en cierto sentido puede decirse que no había alcanzado su culminación; tenía que llegar el día en que arrojaría á los Césares de su capital, en que dominaría á la Grecia, en que disputaría con la cristiandad el imperio de Europa en el mismo centro de este continente y en que extendería por el África sus dogmas y su fe á través de ardientes desiertos y de pestilentes selvas, desde

el Mediterráneo á los regiones meridionales que se encuentran mucho más allá de la línea equinoccial.

Pero, aunque el mahometismo no había llegado á su apogeo, sí lo habían alcanzado los califas. No debió la Europa su salvación á la espada de Carlos Martel, sino á las disensiones intestinas del vasto imperio arábigo; los califas de la línea de los Omniadas, aunque populares en Siria, eran considerados en otras partes como intrusos y usurpadores, y los parientes del apóstol eran mirados como los verdaderos representantes de su fe. Tres partidos que se distinguían por sus banderas se disputaban el califato y lo deshonraban por sus atrocidades; la bandera de los Omniadas era blanca, la de los Fatimitas verde, y la de los Abbasidas negra; la última representaba el partido de Abbas, tío de Mahoma. El resultado de estas discordias fué la división del imperio mahometano en tres partes, en el siglo x, entre los califatos de Bagdad, del Cairo y de Córdoba; concluyó la unidad en la acción política mahometana, y la cristiandad encontró su salvaguardia, no en una protección sobrenatural, sino en las querellas de los potentados rivales; á las animosidades interiores se agregaron á veces presiones extrañas, y el arabismo, que tanto había hecho por el poder intelectual del mundo, concluyó cuando alcanzaron el poder los turcos y los bereberes.

Habían olvidado totalmente los sarracenos la oposición de Europa, ocupados por completo en sus divergencias domésticas; Ockley dice con verdad en su historia: «Difícilmente se hubiera encontrado un lugarteniente ó general sarraceno que no hubiese considerado como la mayor afrenta, y tal que debiera causarle una mancha indeleble, el sufrir el menor insulto de las fuerzas reunidas de toda Europa; y si alguno preguntase por qué los griegos no hicieron mayores esfuerzos para extirpar estos insolentes invasores, será respuesta suficiente, para cualquier persona que conoza el carácter de estos hombres, decir que Amrú fijó su residencia en Alejandría y Moawiah en Damasco.»

Y para mostrar su menosprecio basta este ejemplo: El emperador romano Nicéforo envió al califa Harun-al-Ras-

chid una carta amenazadora, y véase cual fué la contestación. «En el nombre de Dios misericordioso, Harun-al-Raschid, jefe de los fieles á Nicéforo ¡el perro romano! He leído tu carta ¡oh hijo de madre infiel! y no oirás mi respuesta, ¡la sentirás!» En efecto, se escribió con sangre y fuego en las llanuras de la Frigia.

Una nación puede recobrar sus provincias y sus riquezas confiscadas, sobrevivir á la imposición de enormes indemnizaciones, pero nunca puede reponerse del más horrible de los actos de la guerra, la confiscación de las mujeres. Cuando Abu-Obeidah envió á Omar la noticia de la toma de Antioquía, éste le censuró dulcemente, por no haber permitido á los soldados apoderarse de las mujeres. «Si quieren casarse en Siria, permitidlo; y permitidles también que tengan tantas mujeres esclavas como la ocasión pueda depararles.» La institución de la poligamia, basada en la confiscación de las mujeres en los países vencidos, fué la que afirmó en adelante el dominio musulmán. Los hijos de estas uniones se envanecían de descender de padres conquistadores; no puede darse mayor prueba de la eficacia de esta política que la que hallamos en el Norte de África. Bien patente fué el irresistible efecto de la poligamia para la consolidación del nuevo orden de cosas; pasada poco más de una generación, se informó al califa, por sus oficiales, de que debía cesar el tributo porque todos los niños nacidos en aquella región eran mahometanos y todos hablaban árabe.

El mahometismo, tal cual lo estableció su fundador, era una religión antropomórfica; su Dios era únicamente un gigante, su cielo una mansión de placeres carnales. Las clases más inteligentes se libertaron pronto de estas ideas imperfectas sustituyéndolas por otras más filosóficas, más exactas. Llegaron éstas á veces á estar conformes con las que se han declarado en nuestros tiempos como ortodoxas por el concilio del Vaticano; así dice Al-Gazzali: «El conocimiento de Dios no puede obtenerse por el que el hombre tiene de sí mismo ó de su propia alma. Los atributos de Dios no pueden determinarse por los atributos del hombre. Su soberanía y sus leyes no pueden medirse ni compararse.»

CAPÍTULO IV

Renacimiento de la ciencia en el Mediodía.

Por la influencia de los nestorianos y los judíos, se dedican los árabes al cultivo de la ciencia.—Modifican sus ideas sobre el destino del hombre y obtienen un verdadero concepto de la estructura del mundo.—Averiguan el tamaño de la tierra y determinan su forma.—Sus califas forman grandes bibliotecas, protegen la ciencia en todos sus ramos y la literatura, y fundan observatorios astronómicos.—Desarrollan las ciencias matemáticas, inventan el álgebra, y perfeccionan la geometría y la trigonometría.—Coleccionan y traducen las antiguas obras griegas de matemáticas y astronomía y adoptan el método inductivo de Aristóteles.—Establecen varios colegios, y con auxilio de los nestorianos, organizan un sistema de escuelas públicas.—Introducen los números arábigos y la aritmética, y catalogan y dan nombre á las estrellas.—Ponen los cimientos de la astronomía moderna, de la química y de la física é introducen grandes mejoras en la agricultura y en la industria.

«En el curso de mi larga vida, dice el califa Alí, he observado con frecuencia que los hombres se parecen más que á sus padres, á los tiempos en que viven». Esta observación profundamente filosófica del hijo político de Mahoma es por extremo cierta; pues aunque las facciones y las formas del cuerpo de un hombre puedan indicar su origen, la constitución de su espíritu, y por tanto la dirección de sus pensamientos, se determina por el medio en que vive.

Cuando Amrú, el lugarteniente del califa Omar, conquistó el Egipto y lo anexionó al imperio sarraceno, encontró en Alejandria á un gramático griego llamado Juan y apellidado Filópono ó *amante del trabajo*. Valiéndose de la amistad que se había formado entre ellos, solicitó el